

Este dualismo—vigor y ensueño, combate y ternura—reparte también y tan bien la significación de su obra pictórica, que los temas imaginarios exaltados por la fuerza de la ficción y la esencia de la saudade íntima, como los otros ceñidos con gallarda lealtad a los aspectos realistas, están unidos por la lustral belleza de la forma y del color. La hallamos, además, siempre a tono con su época, pero fiel a su credo. Siempre en la vanguardia, en sostenida posesión de su jerarquía categórica; pero sin desdeñar ni desatender las apelaciones coetáneas y sucesivas. Así, no solamente debe estudiarse en la extensa y nunca rectificada obra de Santa María su personalidad pujante, sino que puede seguirse en ella como un resumen de las diversas tendencias que han agitado la pintura española durante el último período del siglo XIX y las tres décadas transcurridas del XX.

Ha creado el cuadro de historia, el cuadro anecdótico o costumbrista, el cuadro de aire libre, de reintegración a los episodios y figuras agrarias; el cuadro de sentimiento y emoción literarios, el cuadro de cierto sentido melodramático, el retrato en todos y cada uno de los géneros ostentó maestría indiscutible.

El paisaje, en fin, que desde su primer ensayo de pintor con un tema típicamente burgalés—una evocación friolenta y melancólica, donde la silueta tumularia de la Cartuja de Miraflores se recortaba sobre los violetas y livideces de un crepúsculo invernal—hasta el lienzo *Huronos*, pintado este verano y que fulgura en el espléndido conjunto de su exposición actual, es un canto de grandiosa polifonía y policromía en honor de Castilla.



Si hasta ahora el nombre de Santa María evocaba el recuerdo de retratos reciamente contruidos con cervantinos abinco psicológico y sereno estilo elocuente, o lienzos de plenaria excelencia de *Angélica y Medoro*, *Las hijas del Cid* o *El triunfo de la Santa Cruz*—magistral alarde de este último de un esfuerzo mozeril, dotado de extraordinarias facultades—, ya de ahora en adelante ese nombre, de merecidos ecos en más de cuarenta años de vida artística española, señalará la obra de uno de los primeros paisajistas de nuestro tiempo, parigual de los maestros solamente especializados en este género de pintura.

Sorprenderá, en efecto, a los que no estuvieran en la intimidad y trato de Santa María esta «revelación» de la Sala de Honor del XIII Salón de Otoño.

Para quienes, como yo, siguen paso a paso y en amistosa compañía el fervor constante del maestro por su arte y por su tierra, la presente exhibición ratifica y afirma la admiración jubilosa, aunque le fuimos viendo crear estas veraces intérpretaciones de la Naturaleza.



«Calleja sombría», lienzo de tal excelencia, que puede y debe estimarse como una obra maestra del paisaje moderno

En ellas, Santa María no buscaba sino el deleite propio, el gozo de sentirse transfundido en las formas, el aire y la luz de Castilla. No aspiraba sino a esa profunda apasionada ternura que los hombres llegados a la madurez y a la vejez sin mengua de su inteligencia ni callosidades en el corazón, ni rencores en la memoria, ponen, si es escritor, en sus Memorias autobiográficas, y si es pintor, en estos monólogos paisistas. Menos pretextos para la filosofía y la estética.

Pero es que, además, Marceliano Santa María encontró lo que sólo es dado descubrir a los grandes artistas: la pura, la efusiva, la fecundísima capacidad del sensorial, sentimental y visual.

De este modo, en virtud de esa prodigiosa facultad de supervivencia y supervivencia juveniles, los paisajes de Marceliano Santa María causan una sensación de espontaneidad veraz, de facilidad jubilosa, de emoción inholada. Y, al mismo tiempo, sin alarde ni enfadosa didascalia, toda la infinita experiencia de los años, toda la sólida sabiduría de una vida consagrada por entero a la interpretación plástica de la belleza humana, la nobleza histórica y el espectáculo supremo de la Naturaleza, les ponderan, equilibran y realzan.

Y en medio de ellos, presidiendo esta colección de obras de hoy, el gran lienzo de ayer, *El esquileo*, pintado el año 1898, que figuró en el Salón de París, y que obtuvo de la crítica francesa—como después y siempre de la española—los más entusiastas elogios, augurando a su autor como uno de los maestros de la moderna pintura española.

Profecía que se ha cumplido plenamente.

José  
FRANCES

